

TEATRO NUEVA VERSIÓN

MACBETH NO FUE NINGÚN BUEN CHICO

Vuelve el drama: Luis Alberto de Cuenca traduce y Raúl Arias, ilustra

LUIS ALEMANY MADRID

Le ha pasado a mucha gente: unas obras completas de Shakespeare en papel biblia cayeron en las manos de Luis Alberto de Cuenca cuando tenía 12 o 13 años, «justo al terminar la reválida de cuartos». Y aquello fue tremendo: «Fue el final de la inocencia, la experiencia lectora más entregada de mi vida». Un par de años después, el poeta atacó una de aquellas obras, *Macbeth*, en una producción colegial.

De Cuenca recuerda aquella función: «Yo hacía de Malcolm». Qué pena, ¿no? porque Malcolm se moría pronto... «No, no, se confundió usted. El que muere pronto es Duncan. Malcolm acaba reinando. Terminé de rey. Fernando Savater hacía de Duncan».

El colegio era El Pilar, claro, y lo que nos importa es que el adolescente Luis Alberto se vio coronado. Entre los aplausos, pensó: algún día traduciré *Macbeth*. Lo cuenta él mismo, no es licencia.

Han pasado 50 años, y el poeta acaba de estrenar, por fin, su *Macbeth* (editado por Reino de Cordelia). Está encantado: el libro está ilustrado por Raúl Arias, colaborador habitual en las páginas de EL MUNDO, que oscurece aún más el texto de Shakespeare. Sus escoceses son fieros y musculosos como la delantera de un equipo de rugby. Y las brujas no son ninfas, son brujas... Si alguien

esperaba en un *Macbeth laurence-olivieriano*, elegante y espadachín, que busque en otro libro.

«En *Macbeth* veo una obra costumbrista, oscura, con un ambiente asfixiante, húmedo y lúgubre», explica Arias. «He querido dotar al protagonista de gravedad: la barba, el sudor, la sangre, las texturas, son elementos en los que he intentado apoyarme».

Y continúa: «Intento acercarme al espíritu de los personajes; les quería dar el dramatismo que merecen sin adornarlos con gestos innecesarios que condicionasen la escena, intentando apoyarme en la luz, el tenebrismo y la textura. También he dado a la escenografía el mismo protagonismo que a los personajes, un paisaje sombrío, sin sol, taciturno depresivo: la conceptualización, en el caso de los cuervos y las brujas, me ha ayudado a ajustar esa falta de imágenes».

Arias dice que en *Macbeth* ve «un retrato de nuestra naturaleza humana actualizado: la ambición, el engaño, la manipulación, la distorsión de la realidad, la locura, cualquier herramienta es válida para alcanzar el poder, siguen existiendo *yonquis* del poder...».

Y su compañero de *shakespeareerías*, Luis Alberto de Cuenca, ve, más o menos lo mismo pero diferente: «*Macbeth* es verdad. Una verdad apabullante. El Teatro Isabelino

está lleno de escritores formidables: Webster, por ejemplo, es una debilidad mía. Pero sólo Shakespeare agota el hecho humano. Narra los extremos de la vida pero no hay exageración, hay un clasicismo único en la desmesura de Shakespeare».

Y eso nos lleva al *dramatis personae*. El personaje de Macbeth, por ejemplo. ¿Qué debemos pensar de él? ¿Es un buen chico que toma mal sus decisiones? ¿O es la muestra de que un puñado de momentos de nobleza no nos van a convertir en los buenos de la historia? «Macbeth es un hombre cegado. No es bueno ni malo porque en Shakespeare no hay buenos ni malos, hay regulares. Al principio de la obra, actúa con valor. Entonces, se encuentra con un acicate, la profecía de las brujas y queda cegado por el veneno de la ambición. Cualquiera de nosotros puede caer en ese abismo, sobre todo, si nos espolease un personaje como Lady Macbeth».

Si, que venga Lady Macbeth. Cualquiera lee sus monólogos, mira los dibujos que le ha hecho Raúl Arias y siente un impulso de dejar-se llevar al abismo. «Tiene una frase que lo define todo», recuerda De Cuenca: «*Look like the innocent flower, but be the serpent under it*». Se entiende bien, ¿verdad?

Las brujas, el cuervo, Macbeth y el Rey Duncan.
RAÚL ARIAS

